

La sistematización de experiencias:



práctica y teoría para otros mundos posibles

Oscar Jara H.
Primera edición colombiana

**La sistematización de experiencias:
práctica y teoría para otros mundos posibles**

La sistematización de experiencias: práctica y teoría para otros mundos posibles

Oscar Jara H.
Primera edición colombiana



**La sistematización de experiencias:
prácticas y teoría para otros mundos
Posibles**

ISBN: 978-958-8467-14-6 (impreso)

ISBN: 978-958-8467-15-3 (digital)

Edición 2017

Autor

©Oscar Jara H.

**Reservados todos los derechos
Prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra**

*Debes amar la arcilla que va en tus manos
debes amar su arena hasta la locura.
Y si no, no la emprendas que será en vano
sólo el amor alumbra lo que perdura
sólo el amor convierte en milagro el barro
Debes amar el tiempo de los intentos
debes amar la hora que nunca brilla.
Y si no, no pretendas tocar lo cierto
sólo el amor engendra la maravilla
sólo el amor consigue encender lo muerto*

Silvio Rodríguez

*En homenaje a Raúl Leis Romero (1947-2011),
educador y comunicador popular imprescindible.*

Contenido

Prólogo	9
Presentación	13
Introducción	23
Capítulo I	27
Sistematización de experiencias: una propuesta enraizada en la histo- ria latinoamericana y caribeña	
Capítulo II	53
Sistematización de experiencias: un concepto en construcción	
Capítulo III	77
Para qué sirve la sistematización de experien- cias (características, utilidades y condiciones)	

Capítulo IV	117
Sistematización de experiencias, investigación y evaluación	
Capítulo V	135
¿Cómo sistematizar experiencias? Una propuesta metodológica	
Capítulo VI	167
Algunos ejemplos de sistematización de experiencias	
Capítulo VII	205
Algunas herramientas útiles en los procesos de sistematización de experiencias	
Referencias bibliográficas	233

Prólogo

Es para mí un honor y motivo de alegría, presentar este libro de mi amigo Oscar Jara. En primer lugar, porque supe de él como educador popular; en efecto, a comienzos de la década de 1980 circuló un artículo suyo, escrito en pleno auge de la revolución sandinista y que como educadores militantes en formación, leímos con entusiasmo: “La educación popular como arma...”; allí se nos advertía [que más que pensar en la “dimensión política” de la educación popular, debíamos entenderla como la “dimensión educativa de la acción política”].

Una década después, cuando iniciaba un trabajo de reconstrucción histórica de los discursos de la educación popular, me encontré nuevamente con Oscar a través de los primeros números de la Revista Tarea del Perú, la cual él había coordinado en la segunda mitad de los 70s hasta 1980 cuando se radicó (y radicalizó) en Centro América, y a través de la cual, junto con otras publicaciones de época, se daba la naciente corriente latinoamericana de la educación popular.

Pero fue en torno a la metodología de la sistematización de experiencias como pude acercarme más a Oscar, como investigador y como amigo. Lo más curioso es que mi primer acercamiento a su propuesta fue desde la polémica. Veamos: en 1994, él había publicado el libro *Para sistematizar experiencias*, que a su vez recogía la experiencia de los talleres regionales de sistematización, animados desde la red de educación popular Alforja; dicho texto, era referencia obligada para quienes quisieran acercarse a la concepción y la propuesta metodológica “dialéctica”.

En efecto, dicha perspectiva había sido visibilizada por Diego Palma en su ya célebre estado del arte “La sistematización como estrategia de conocimiento en la educación popular. El estado de la cuestión en América Latina”, editada por el CEAAL en 1992. En ella, señalaba que pese a la diversidad de propuestas metodológicas surgidas en la Región a lo largo de la década de 1980, existía en lo epistemológico, una unidad fundamental en torno a la dialéctica como método y estilo de pensamiento. Desde mi experiencia en el campo, difería de dicha afirmación, en la medida en que identificaba dentro de algunas propuestas metodológicas de sistematización como la impulsada

por Sergio Martinic en el CINDE de Chile y la que desarrollábamos en Colombia desde el Grupo Interuniversitario de Educación Popular y con Lola Cendales, una perspectiva metodológica más bien interpretativista, dado que recogía aportes de la de la antropología cultural, de la semiótica y de la hermenéutica; lo que existía era una pluralidad epistemológica, en todo caso, crítica y auténtica desde América Latina.

En este contexto, yo había escrito a fines de 1995 un artículo para la Revista Aportes de Dimensión Educativa en el que controvertía la supuesta unidad en torno a la dialéctica y destacaba las potencialidades del enfoque interpretativo (Torres, 1996). Unos meses después, en enero de 1996, por iniciativa del CEAAL se llevó a cabo en Santiago de Chile, una reunión entre educadores populares, especialistas latinoamericanos en sistematización de experiencias con el fin de avanzar en la construcción metodológica conjunta y enfatizar en su dimensión formativa y pedagógica.

Para mí fue muy significativo el encuentro, pues, por primera vez me encontraba, cara a cara, a quienes veía leyendo años atrás como el propio Oscar Jara y Roberto Antillón (de la red Alforja), Elza Falkembach (de Brasil), Estela González, Mima Bernechea y Mariluz Morgan (del CELATS, Perú) y de reencontrarme con amigos como Alfredo Ghiso y Jorge Osorio; además, gracias al evento, pudimos interactuar con el sociólogo chileno Manuel Canales y a través suyo el pensamiento y obra del intelectual crítico Jesús Ibáñez.

La jornada fue inolvidable: cada persona o grupo, exponiendo los presupuestos epistemológicos y pedagógicos de sus propuestas, narrando los procesos metodológicos llevados a cabo y encontrando muchas convergencias teóricas y prácticas; en mi caso, establecí una empatía muy grande con Roberto Antillón y Oscar Jara por su jovialidad y por encontrar varias coincidencias en el uso de recursos artísticos, creativos y estéticos provenientes de las culturas populares. A partir de allí, creo que comenzó a consolidarse un proyecto más sólido de colaboración e intercambios entre las diferentes propuestas, hasta convertirse en la actual corriente metodológica, recogida por el Programa Latinoamericano de Sistematización de Experiencias del CEAAL.

Considero que el libro *La sistematización de experiencias. Práctica y teoría para otros mundos posibles*, que tiene usted en sus manos y cuya primera versión en español fue publicado por el CEAAL y CEP Alforja en 2012, recoge esta trayectoria personal y colectiva en torno a esta modalidad de producción de conocimientos y en la que Oscar

ha continuado siendo, no solo un referente, sino un líder que, a la vez que promueve la participación y la construcción colectiva, también recoge y sintetiza los aportes que ha venido generándose desde los practicantes de la sistematización.

En su madurez de sus sesenta y pico de años, luego de sobrevivir a una cirugía de corazón abierto y en su segundo periodo como presidente del CEAAL, Oscar nos entrega en esta edición colombiana, una obra que al vez que visibiliza sus raíces continentales de la sistematización en el trabajo social, la educación de adultos y la educación popular, también avanza en su conceptualización, en su sentido y en su despliegue metodológico y práctico. Es por eso que se constituye en una valiosa herramienta para quienes se introducen en el tema y deciden emplear la sistematización como una estrategia para producir conocimiento sobre su propia práctica social y desde su propia experiencia como protagonista.

Sin duda, este libro contribuirá al posicionamiento de la sistematización de experiencias en el país, así como a ampliar el colectivo de educadores y profesionales sociales que la promovemos y empleamos como posibilidad de comprensión crítica de sus prácticas, de formación y empoderamiento de sus protagonistas. ¡Gracias Oscar, por este regalo!

Alfonso Torres Carrillo
Educador popular e investigador social
Bogotá, marzo de 2017

Presentación

Mi primer encuentro con la sistematización de experiencias fue en el año 1972, estando en Perú, mi país de origen, como alfabetizador en el departamento de Piura, cerca de la frontera con Ecuador. Yo trabajaba en una ONG recién creada, el Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA) en una zona de grandes haciendas algodoneras, en una época en la que el gobierno militar reformista presidido por Juan Velasco Alvarado estaba comenzando la aplicación de la Reforma Agraria, por medio de la cual los grandes latifundios privados pasarían a manos de los trabajadores agrícolas organizados en cooperativas. Se trataba de una de las más importantes propuestas de transformación de la tenencia de la tierra que se ha llevado a cabo en América Latina.

Nuestro centro había apostado a que la educación y la organización de los trabajadores sería un factor decisivo para llevar adelante una verdadera reforma agraria y un auténtico cambio de estructuras en los que los sectores populares fueran dueños de su destino. Por ello, diseñó, junto con otros programas de capacitación técnica, un proyecto de alfabetización *concientizadora*, siguiendo al pie de la letra la propuesta del método psicosocial que nos había llegado desde el vecino país del sur, Chile, donde desde hacía un año gobernaba la Unidad Popular y su presidente Salvador Allende. Dicho método, divulgado en unos folletos impresos a mimeógrafo —que aún conservo—, había sido propuesto por un refugiado brasileño en Chile, Paulo Freire, cuyas ideas estaban causando un enorme impacto por su crítica radical a una educación autoritaria, vertical y *bancaria* ante la que oponía una educación liberadora, horizontal y dialógica. La palabra *mágica* que sintetizaba su innovadora propuesta era, pues, la *concientización*, término que en ese tiempo nos decía tantas cosas que no nos preocupamos tanto por definirlo, cuanto por ponerlo en práctica¹.

1. En ese tiempo ya circulaban entre nosotros en castellano, gracias a la enorme política de difusión cultural del proceso chileno, algunos textos fundamentales de Freire como *Acción cultural para la Libertad*; *La educación como práctica de la libertad*, *Pedagogía del oprimido* y *Extensión o comunicación*, los cuales leíamos con avidez y pasión, sin darnos cuenta de que nos estaban abriendo la mente y el corazón a otra manera de pensar, no solo la educación, sino la vida misma, y que esta quedaría marcada para siempre desde el primer intento de poner en práctica con coherencia estas propuestas.

Yo tenía 21 años cuando empecé a trabajar en ese programa de alfabetización. Éramos ocho alfabetizadores que a las seis de la mañana comenzábamos las *clases* con los obreros agrícolas de esas haciendas, las cuales se hacían bajo los árboles, en las oficinas administrativas o los lugares donde se guardaban las herramientas y maquinarias. Habíamos hecho un convenio con las cooperativas: los trabajadores ponían una hora de su tiempo y en vez de entrar a las siete de la mañana, entraban a las seis; las cooperativas, que habían sido recién formadas, daban una hora de trabajo para el estudio. Así, teníamos un horario de alfabetización de seis a ocho de la mañana. Por las tardes, íbamos a los caseríos donde vivían sus familias y teníamos sesiones de alfabetización con las mujeres y personas mayores que no trabajaban en las cooperativas. También impulsábamos grupos de teatro, títeres, deportes y música con los muchachos de esas comunidades.

Cada uno de nosotros tenía un círculo de alfabetización de entre 8 a 15 personas. La metodología de Freire se basaba en reflexionar críticamente en torno a temas y palabras generadoras que reflejaran la realidad que se vivía, y darle así un contenido y un sentido al aprendizaje de la lectoescritura. Esta propuesta implicó que, antes de iniciar la alfabetización, teníamos que alfabetizarnos nosotros, los educadores: alfabetizarnos en las condiciones de vida, el lenguaje, la manera de ver el mundo de las personas con las que íbamos a trabajar.

Por eso, durante los cinco primeros meses de estar en la zona, nos dedicamos a recorrer los poblados y vivíamos donde nos acogieran: en una casa o en una escuela, estableciendo contacto con la gente y presentándonos como maestros que veníamos trabajar en dicha región. Esta fase fue fundamental, sobre todo para las personas del equipo que no éramos de allí, algunos incluso como yo, que era la primera vez que estaba en el norte del país. Esos meses fueron nuestra escuela de geografía, de economía, de sociología: aprendimos sobre el clima, la comida, la vivienda, las costumbres y, por supuesto, sobre la manera de hablar de las personas, la cual reflejaban su manera de ver el mundo y la vida.

El método de alfabetización que aplicamos exigía construir primero el *universo vocabular* de la gente, con los términos y frases que escuchábamos; asimismo, construir el *universo temático*, tratando de identificar los *temas generadores* que representaran situaciones significativas de la realidad económica, social y cultural. A partir de ello, se armaba un conjunto de *palabras generadoras* que de alguna manera codificaran dichos temas y sirvieran, siguiendo un orden de complejidad progresiva, de vehículo de aprendizaje de la lectoescritura, pero, sobre todo,

para, como decía Freire, “aprender a leer la realidad, para escribir la historia”. Así hicimos un plan de alfabetización que permitiera en cuatro o cinco meses cubrir todos los temas y palabras y, por tanto, alfabetizarse y haber generado un proceso de *concientización*.

El desafío era apasionante, al igual que cada paso que dábamos. Fue un periodo de un intenso aprendizaje para nosotros, en el que —primero que todo— aprendimos a respetar profundamente a las personas con quienes trabajábamos; aprendimos a valorar sus conocimientos y saberes producto de su experiencia; aprendimos también a desarrollar la sensibilidad para observar con atención, para escuchar, para percibir; se incentivó nuestra curiosidad y una actitud indagatoria; aprendimos, además, a describir detalladamente nuestras percepciones, a ordenar nuestras ideas, a redactarlas, a comunicarlas lo más fielmente posible. La elaboración de la propuesta de alfabetización significó que fuéramos las primeras personas *concientizadas*.

Luego, comenzamos a trabajar en el proceso de alfabetización. Muy pronto, vimos necesario que eso que estábamos haciendo y viviendo cada quien en su círculo de alfabetización, lo pudiéramos recoger y compartir de forma sistemática entre los ocho alfabetizadores y alfabetizadoras. Y desarrollamos, entonces, un procedimiento: a las ocho y media de la mañana, luego de desayunar, regresábamos al centro de capacitación y cada quien se sentaba durante media hora o cuarenta y cinco minutos y ponía por escrito lo que había sucedido durante esas dos horas de alfabetización, tratando de transcribir lo más fielmente posible, tal como recordábamos, lo que la gente había dicho y cómo lo había dicho, las frases y reflexiones de las distintas personas del grupo, los diálogos y silencios, las preguntas. Por aparte, colocábamos nuestras propias ideas y comentarios sobre la sesión. Así, empezamos a recoger cada día las frases que la gente decía ante cada tema, al igual que nuestras propias apreciaciones, diferenciando unas de otras.

Por ejemplo, recuerdo la primera palabra con la que comenzamos la alfabetización: era *palana*, que es término que se utiliza en Piura para *pala* o *lampa*, instrumento que se usa en el campo para remover la tierra. Y con esa palabra generadora, utilizando primero un dibujo en forma de afiche que habíamos hecho, que mostraba a un grupo de personas trabajando la tierra con *palanas*, iniciábamos la discusión preguntando: “¿Qué vemos en el dibujo?”; la gente decía: “Personas trabajando con la palana”; luego nosotros: “¿Y de qué forma se usa la palana?”, “¿Para qué se usa la palana?”, “¿Quiénes usan la palana?”, “¿Quiénes no usan palana?”, etc. Y así se

conducía toda una serie de reflexiones sobre el trabajo agrícola, la transformación de la naturaleza, las condiciones laborales, etc. construyendo un conocimiento colectivo en el que se expresaba su saber, sus necesidades, sus preocupaciones, su manera de ver la vida... A partir de allí, pasábamos a presentar la palabra escrita: “Todo eso que hemos dicho sobre la palana tiene que ver con esta palabra que se escribe así: “pa-la-na”. Las personas leían y luego escribían la palabra que tenía detrás todo el significado discutido.

Luego, pasábamos a lo que Freire llama la *ficha de descubrimiento*”; un cartel en el que estaba escrito: “pa – pe – pi – po – pu”; “la – le – li – lo – lu”; “na – ne – ni – no – un”. Luego de leerla, la gente *descubría* y leía palabras conocidas: *pa-lo; lu-na; papa, pelo...*, etc., que se iban escribiendo en la pizarra y ellos las escribían en sus cuadernos. Por último, se hacían frases con *palana* y con todas las demás palabras descubiertas, en un diálogo vivaz y libre. Se relacionaban las palabras con su vida y con el tema generador: “El trabajo humano transforma la naturaleza”. De esta manera, vivíamos un proceso interesantísimo de descubrimiento mutuo de la realidad. Las dos horas de *clase* se hacían brevísimas ante la riqueza y entusiasmo de esos diálogos.

Así, pues, de ocho y media a nueve y media de la mañana nos sentábamos y escribíamos esas frases, tratando de recordar lo más posible, lo más fielmente posible, las palabras con las que ellos habían hablado. Por ello, sin darnos cuenta, éramos nosotros los que estábamos siendo alfabetizados por ellos; éramos los que estábamos aprendiendo a ver la vida tal como ellos la veían. Todo eso lo fuimos registrando individualmente y compartiendo en el equipo; y lo hacíamos un día y otro día y otro día. Hasta que después de seis meses, ya había grupos que se habían alfabetizado y necesitaban tener textos accesibles de lectura para poder continuar su proceso. ¿De dónde podríamos sacar los elementos para producir los primeros textos de posalfabetización: los contenidos, la forma de redactarlos? Pues de esas mismas frases que ellos habían dicho. Así pasamos a construir textos sobre trabajo, vivienda, salud, religión, familia, clima... , sobre todos los temas generadores. En esos textos poníamos las frases que ellos nos habían enseñado oralmente y nosotros habíamos puesto por escrito. Con ese material produjimos cerca de diez folletos con los que se hizo la posalfabetización. Era una forma de devolverles de forma estructurada y temática su propio saber, sus propias frases habladas individualmente, de vuelta ahora en forma escrita, luego de haber sido compartidas y socializadas. Era devolverles de forma organizada su propia palabra a través del aprendizaje que nosotros habíamos recogido.

Creo que es posible imaginar lo que significaba eso para nosotros como equipo: toda la pasión que teníamos cuando compartíamos lo que cada quien traía de su grupo; socializar las discusiones producidas, las reflexiones y conocimientos que cada quien estaba recogiendo de las personas que se alfabetizaban, pero también las nuestras, nuestros propios aprendizajes... Esa segunda parte —nuestras propias reacciones y comentarios—, era la que nos servía de base para hacer luego nuestras evaluaciones. Con ellas descubríamos también cuál había sido nuestro propio proceso de aprendizaje, pues cuando revisábamos lo que habíamos escrito en las primeras sesiones de alfabetización y luego las confrontábamos con lo redactado hacía 6 o 9 meses, encontrábamos en nuestros registros, cosas que no recordábamos; valorábamos a la distancia, de otra manera, lo que habíamos escrito y vivido en ese entonces; relacionábamos nuestras distintas ideas y descubríamos que había habido una trayectoria, un camino en el aprendizaje de cada uno de nosotros y nos dábamos cuenta de que ese camino existía, sólo luego de recuperarlo y objetivarlo. El proceso personal era la base para la socialización, pues cada quien aportaba lo suyo y se producían discusiones y reflexiones de una gran riqueza, siempre vinculadas a lo que la práctica nos estaba enseñando..., permitiéndonos aprender también en colectivo de los aprendizajes de las otras personas del equipo. Creo que tal vez entonces no nos dábamos cuenta de que también estábamos siendo educadores entre nosotros mismos; los educadores nos educábamos entre nosotros a partir de lo que aprendíamos con la gente con la que hacíamos educación. Y así lo hicimos durante tres años. Ahí fue donde se me empezó a meter en el alma, en la sangre y en la carne esta especie de manía, esta pasión por la sistematización de las experiencias.

Allí fue, quizás también, la primera vez que tuve la vivencia de que en el trabajo de educación popular, quien más aprende, quien está en permanente desafío de aprendizaje, todos los días y a todas horas, es el educador o la educadora. El problema, es que muchas veces no logramos darnos cuenta de esos aprendizajes; tenemos muchos aprendizajes en nuestra práctica, pero no los reconocemos, se nos van olvidando en el camino porque caemos en el activismo y perdemos la posibilidad de parar un momento para recopilar, para recoger y para reflexionar en torno a todos esos aprendizajes los cuales, por tanto, muchas veces se pierden para nosotros mismos y por tanto no podemos compartílos con otras personas.

Siguiendo este recorrido, el aprendizaje de este periodo se recrearía años después, con algunas variantes respecto a las posibilidades de la sistematización: en el año 1976 pasé a dirigir un centro de educación popular en Lima, que se

llama Tarea, Asociación de Publicaciones Educativas, el cual hoy es muy conocido y produce una importante revista de difusión continental sobre educación. En ese tiempo era un centro dedicado a las publicaciones y a la formación y capacitación para sectores rurales, urbanos y sindicales, impulsando un trabajo de promoción cultural, documentación y de uso de medios de comunicación artesanales.

Teníamos cuatro equipos de trabajo, dedicados cada uno a un área particular. Empezamos a tener reuniones colectivas para discutir el trabajo que hacíamos, en un contexto en que empezaba un debate en torno a la concepción de educación popular, de cultura popular, sobre la metodología en la Educación Popular, a la relación entre educación y política, entre educación formal y no formal, etc. Nos planteamos que Tarea tenía que aportar a este debate, y para ello debíamos hacer una discusión teórica sobre estos temas, pero que estuviera enraizada en nuestra práctica. Entonces se nos ocurrió hacer algo similar a lo que hicimos en el CIPCA: comenzar a recopilar y registrar lo que cada equipo hacía y que esta experiencia práctica nos sirviera de base para las reflexiones teóricas: hicimos una pequeña guía donde cada uno de los equipos escribía lo que estaba haciendo a lo largo de dos meses y luego teníamos sesiones bimestrales donde nos reuníamos para compartir lo que cada equipo había recogido. De esta manera nos fuimos acostumbrando a recoger lo particular que hacíamos en las distintas áreas: la urbana, la de comunicación, la de promoción cultural, la de documentación y lo colocábamos en el conjunto. Seguimos esa dinámica de recoger y registrar nuestros aprendizajes, compartirlos y someterlos al debate; al hacer esto nos dábamos cuenta de que había otros aprendizajes que no habíamos percibido o que incluso aquellos que pensamos habían sido adquiridos de una determinada manera, se resignificaban al compartirlos con otras personas del equipo. Desde ahí, desde ese intercambio de prácticas reflexionadas, comenzábamos a profundizar sobre qué concepción de cultura, de educación, de metodología estábamos expresando en la práctica. Y, claro, eso nos obligaba a buscar literatura, textos teóricos, otras experiencias con las cuales confrontar nuestras prácticas y nuestras ideas, con el fin de producir un pensamiento compartido por el equipo. Es decir, la mirada crítica sobre la práctica nos exigía entrar a reflexionarla teóricamente.

Otro paso adelante lo dimos cuando, a partir de lo que hacíamos en el equipo de Tarea en el contexto de la realidad peruana, incentivados por los desafíos teóricos y políticos del contexto sudamericano de los años setenta, e inspirados también en nuestros contactos iniciales con la educación popular en

Centroamérica y México, adonde habíamos asistido a encuentros de educación popular, se nos ocurrió promover y organizar en el año 1979 el Primer Encuentro Nacional de Educación Popular en el Perú. Para este evento, aplicamos la misma idea de fondo: pedir a cada institución o grupo que relatará y expusiera por escrito su experiencia y añadiera sus reflexiones críticas en torno a ella. El encuentro se basó en compartir esas prácticas reflexionadas por sus practicantes, pero no para quedarnos en el puro intercambio, sino para —a partir de él— producir aportes teóricos y metodológicos más generales. De ese encuentro, de ese análisis crítico de las prácticas, surgió incluso una *definición* de educación popular que marcó toda una época en el Perú. Luego, se hizo el segundo y el tercero... y así sucesivamente.

A inicios de los años ochenta fui a Centroamérica y tuve el privilegio de participar en Nicaragua en la Cruzada Nacional de Alfabetización, así como en varios programas nacionales de formación y capacitación en el marco de la Revolución sandinista. En ese increíble contexto, donde parecía que todo era posible, nos encontramos con muchos compañeros de otros países, que venían a apoyar la educación popular en Nicaragua. Y empezamos a entrar en contacto, a intercambiar y coordinar acciones en talleres, seminarios e investigaciones de campo ya no solo en la alfabetización sino con organizaciones campesinas, urbanas, programas de salud comunitaria, formación de dirigentes, etc. Por otra parte, pasamos a realizar actividades conjuntas también en Honduras, El Salvador, México, Panamá, Costa Rica, Guatemala...

De todo este intenso proceso nació la idea de crear una red que nos permitiera coordinar de manera más permanente y organizada nuestros trabajos, ya no solo para el apoyo a Nicaragua, sino abierta a toda la región. Así nació en 1981 la Red Alforja, con la participación de siete instituciones de educación popular de México y Centroamérica.

Después de dos años de intensas actividades en varios países, nos dimos cuenta de que era el momento de compartir de manera más sistemática nuestros aprendizajes y reflexionar crítica y teóricamente sobre lo que estábamos llevando a cabo en nuestras prácticas... Así fue como se nos ocurrió hacer el Primer Taller Regional de Sistematización y Creatividad, en abril de 1982, en Costa Rica. Para este taller, cada uno de los centros trajo una descripción de sus experiencias y formuló reflexiones alrededor de determinados temas que constituían la agenda del evento. Fue muy impactante compartir esos aprendizajes y encontrar hilos comunes en medio de una diversidad grande de prácticas particulares. También compartimos

nuestras reflexiones y analizamos cómo estábamos conceptualizando esas prácticas. En muchos casos, tuvimos que crear algunas categorías que pudieran expresar mejor lo innovador de algunas cosas que hacíamos. Así surgieron, por ejemplo, las nociones de *eje temático*; de *lógica metodológica*; de *apropiación* de conocimientos, la diferencia entre *concepción metodológica*, *método*, *técnica* y *procedimiento*..., conceptos que orientarían luego el sentido de nuestra acción educativa y con los que participamos en los debates latinoamericanos de educación popular de toda esa década. También descubrimos que aunque la diversidad de experiencias fuera muy grande en lo específico, el ordenamiento y clasificación de sus elementos, su reconstrucción histórica, el análisis de sus aspectos similares y diferentes, el debate sobre cómo se conceptualizan las actividades, podía permitir un análisis crítico común, posibilitando una primera teorización a partir de explicitar los aprendizajes que obtenemos de la práctica cotidiana. Asimismo, estas interpretaciones críticas servirían para orientar con un sentido más preciso, las futuras prácticas.

Así, sin habérselo propuesto, fuimos descubriendo lo que luego llamaríamos *sistematización de experiencias*².

De allí en adelante, el trecho recorrido ha sido largo y complejo: 15 “talleres regionales de sistematización y creatividad” de la Red Alforja; participación en el Programa Latinoamericano de Apoyo a la Sistematización del Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL); decenas de talleres y encuentros sobre sistematización de experiencias a lo largo y ancho de América Latina y otros continentes; asesorías y reflexiones hechas en conjunto con compañeros del CEP Alforja en Costa Rica. Nuevos recorridos y nuevas búsquedas. Nuevos temas y preguntas. Nuevos aportes y descubrimientos. Nuevos y más profundos aprendizajes.

En 1994 salió a luz el texto *Para sistematizar experiencias, una propuesta teórica y práctica*. Buscaba compartir lo que habíamos logrado avanzar en conjunto con muchos otros compañeros respecto a este tema. Sus múltiples ediciones confirman que logró su objetivo y que pudo aportar algunas pistas para quienes están en la misma búsqueda.

Su utilización en procesos de capacitación y formación mostró sus potencialidades y también sus límites, por lo que se hacía necesaria una revisión y profundización de lo planteado entonces, incorporándole los aprendizajes

2. Véase capítulo VI, detalle respecto a estos “Talleres regionales de sistematización y creatividad”.

recientes. Por otra parte, han surgido en estos últimos años, nuevos aportes teóricos, metodológicos y prácticos que han enriquecido las perspectivas de la sistematización y sus variantes posibles. Son aportes que vienen de personas que trabajan en campos bastante diversos de la investigación, el trabajo social, la educación y la promoción del desarrollo.

De esta manera, recuperando críticamente de nuestra propia experiencia y dialogando con otras propuestas y aportes, queremos ahora compartir y proponer nuevamente algunas pistas para seguir caminando por esta ruta, conscientes que aún falta mucho por precisar y ahondar. Nos seguiremos resistiendo a presentar *modelos* o *recetas* para aplicar, como quizás alguna gente demanda. Pero también somos conscientes de que debemos mostrar ejemplos concretos e instrumentos manejables, para no quedarnos en análisis y recomendaciones abstractas y generales. Seguirán siendo trechos de camino recorrido y, ojalá, inspiraciones a seguir buscando. Lo más importante, quizás, es que son producto de nuestros propios aprendizajes teórico-prácticos y eso será lo que reflejamos a lo largo de este texto. Por eso quería partir en esta presentación con mi testimonio personal, que por muy limitado y particular que sea, es el lugar histórico donde estas ideas han germinado y desde donde me atrevo a dialogar, con humildad, pero también con la convicción de la validez de la experiencia en su dimensión personal, contingente, como expresión de la experiencia humana total que se construye históricamente. Como dice un pensamiento de mi compañera Eva Carazo, educadora popular costarricense: “Soy al mismo tiempo la que quiero ser y la que he sido, la que vengo siendo ahora, y, además, soy lo que hago y en lo que creo... porque lo que hacemos viene de allí, de lo que nos pasa por el cuerpo y la memoria y el corazón y las energías...”.

Por todo lo mencionado, en el campo específico de la reflexión teórica y metodológica sobre la *sistematización de experiencias*, debemos ser coherentes con su sentido de fondo: no se trata tanto de mirar hacia atrás, para apropiarnos de lo ocurrido en pasado, sino, principalmente, recuperar de la experiencia vivida los elementos críticos que nos permitan dirigir mejor nuestra acción para hacerla transformadora, tanto de la realidad que nos rodea, como transformadora de nosotros mismos como personas. Entender la actualidad del presente como acontecimiento inexplicable sin el pasado y que a la vez contiene las potencialidades de un futuro por construir. Es decir: sistematizar las experiencias para construir nuevos saberes, sensibilidades y capacidades, que nos permitan... apropiarnos del futuro.

Introducción

LA AVENTURA Y EL DESAFÍO DE SISTEMATIZAR NUESTRAS EXPERIENCIAS

El interés por la *sistematización de las experiencias* ha crecido enormemente en los últimos años en muy diversos campos, sobre todo en las áreas de intervención social: salud, educación, proyectos de desarrollo, derechos humanos, etc., incluso en otras como capacitación agropecuaria y protección del medio ambiente. Pareciera que es cada vez más evidente y valorada la necesidad de rescatar los aprendizajes de las experiencias prácticas que se adelantan en el campo de la acción cotidiana. Sin embargo, aunque el deseo de aprender de nuestras prácticas es siempre valorado positivamente, muchas veces no se lleva a cabo debido a múltiples razones:

a) Su aparente complejidad

- La sistematización aparece como algo muy complicado, reservado a *especialistas* en la materia, que exige un instrumental preciso y un tiempo largo de dedicación.
- Algunos proyectos ejecutados por profesionales y que tienen como referentes o beneficiarios a determinados sectores o grupos sociales populares, se preguntan si la sistematización la deben hacer solo las personas profesionales o es posible incorporar en ella a los grupos sociales y cómo hacerlo.

b) Falta de claridad en varios aspectos:

- *Sobre qué es la sistematización*: no se tiene una definición precisa, pues se confunde con la clasificación y ordenamiento de datos, con la investigación y con la evaluación o, incluso, con la documenta-

ción o registro de experiencias. ¿Es un proceso o es un producto? En este segundo caso: ¿Es una memoria descriptiva que documenta lo que se ha hecho o es un informe analítico e interpretativo?³.

- *Respecto a quién la realiza:* no se tiene claro quién la debe o la puede llevar a cabo: si es tarea de una persona externa a la experiencia, para garantizar una *mirada objetiva* o si es responsabilidad de quien realiza la experiencia. En este segundo caso, muchas veces se quiere tener definido si debe hacerla una persona, como responsable de esa tarea, o puede hacerse como un trabajo colectivo de un equipo. Algunas instituciones se plantean la necesidad de tener un área de sistematización que se responsabilice de ello; otras piensan que cada área o programa debería ser quien sistematice su práctica particular.
- *En torno a qué puede ser “sistematizable”:* otro aspecto que no se suele tener claro está relacionado con el qué es lo que se puede o se debe sistematizar: ¿Todo el proceso desde el inicio hasta el fin? ¿Una parte relevante? ¿Las diversas experiencias que promueve toda la institución u organización? ¿O es mejor restringirse a sistematizar un proyecto o programa? ¿Se deben sistematizar principalmente las *buenas prácticas* o también las experiencias fallidas o débiles?
- *Sobre cuándo sistematizar:* ¿Hay que esperar a que termine la experiencia o puede hacerse paralelo a los procesos? ¿Se puede diseñar desde antes que empiece la experiencia o hay que esperar a que esta ya esté en marcha?
- *Claridad respecto a para quién se sistematiza:* ¿Para los sujetos protagonistas de la experiencia? ¿Para las personas de las comunidades con las que se trabaja? ¿Para la institución u organización? ¿Para otras que tienen prácticas similares? ¿Para quienes financian los proyectos?

3. Un rápido recorrido por internet, insertando en un motor de búsqueda la palabra *sistematización*, nos llevará a encontrarnos con sitios web que hablan de: “sistematización de los datos existentes sobre...”, “sistematización de la enseñanza”, “sistematizar la médula espinal, las vías ascendentes y la materia gris...”, “sistematizar el daño a la persona”, “sistematizar la bibliografía existente”, “sistematización de músicas populares”, “sistematización del procedimiento de resolución de problemas en la física”, “sistematización vial”, “catalogación y sistematización en museos”, “sistematizar la información de la calidad del agua”, etc.

- *Confusión respecto a para qué se sistematiza:* ¿Para dejar constancia de lo que se hizo? ¿Para presentar un informe final? ¿Para aprender de la experiencia propia y no volver a cometer los mismos errores? ¿Para que otras personas puedan aprender también? ¿Para construir nuevas prácticas y también nuevas teorías?
- *En torno a qué métodos y técnicas utilizar:* ¿Tiene la sistematización una metodología propia o pueden usarse técnicas o métodos de investigación, o de evaluación, o de estudios etnográficos? ¿Hay un procedimiento establecido para todas las sistematizaciones o cada una tiene que tener un diseño particular?

c) Falta de políticas institucionales u organizativas al respecto

- No es común en las organizaciones o instituciones tener una política de sistematización (como sí se tiene para la planificación o para la evaluación); en general, se ve como algo que se hará esporádicamente o una vez que el proyecto ha terminado.
- La excusa más recurrente de por qué no se puede sistematizar (aunque se quiere hacerlo) es porque “no se tiene tiempo”. Es decir, es una tarea que parece importante, pero que, en la práctica, no se le da prioridad (lo cual significaría asignarle tiempo y recursos).
- Otro factor que dificulta la sistematización es que muchas veces quienes sienten necesidad de hacerla son las personas que trabajan en terreno (promotores, educadores) pero las instancias de dirección que son las que asignan las prioridades, formulan proyectos y buscan garantizar su cumplimiento, aunque piensen que sería importante y útil, no sienten esa misma necesidad y por tanto la van postergando...

Así, entre estas dos tendencias encontradas: grandes expectativas y demandas, por un lado y, por otro, pocas posibilidades de llevarla a cabo, progresivamente va ganando terreno la búsqueda de formas útiles y viables de sistematización de experiencias, búsqueda en la que nos inscribimos militantemente, tratando de encontrar en la práctica las respuestas o alternativas ante tantas preguntas formuladas. Por eso, hemos apostado a la importancia de promover

formas diversas de puesta en práctica de ejercicios de sistematización, que sin buscar llegar a la sistematización *ideal*, sí nos permitan descubrir cuáles son las claves teóricas, metodológicas y operacionales más importantes que la hagan posible.

De eso trata este libro. Vamos a tratar de presentar, de la manera más clara posible, algunas nociones, fundamentos y ejemplos, que nos permitan tomar una posición sólida ante las dudas e inquietudes planteadas más arriba. Para ello, revisaremos rápidamente en qué consisten los recorridos históricos más importantes que se han hecho sobre el tema, para luego sustentar una propuesta conceptual y su correspondiente propuesta metodológica. Esperamos que este esfuerzo anime a tantas personas, que día tras día realizan importantes experiencias con prácticas innovadoras y creativas, para que se aventuren a procesarlas con rigurosidad, de tal modo que puedan extraer sus aprendizajes, compartirlos y obtener de ellos orientaciones para el mejoramiento y transformación de la propia experiencia... y de otras.